

Paul Scheerbart

El móvil perpetuo
Historia de un invento



«Cuanto mayor es la desesperación, tanto más cerca estamos de los dioses. Los dioses buscan forzarnos a que nos acerquemos cada vez más a la grandiosidad, y no tienen mejor método de hacerlo que recurrir a la miseria. Solo en la miseria crecen las grandes esperanzas y los grandes proyectos de futuro.»

Pasé largo tiempo aferrado a tales afirmaciones, como quien profesa un credo. Pero, llegado un momento, los cimientos de ese credo habrían de sufrir una fuerte sacudida.

La historia fue como sigue:

El 27 de diciembre de 1907 estuve reflexionando sobre la creación de unos cuentos breves en los que ocurriese algo nuevo, algo sorprendente, grotesco. Pensé en el futuro de los cañones, que, a mi parecer, eran mucho más útiles como mecanismo de transporte; se me ocurrió que las mercancías disparadas podían descender con suavidad de vuelta a la tierra gracias a un dispositivo de paracaídas de abertura automática.

A continuación imaginé todo el espacio aéreo terrestre cubierto de funiculares. Se me antojaban especialmente simpáticos unos funiculares que bajasen desde montañas altísimas. Pensé en usar globos aerostáticos como cabinas para los funiculares en las expediciones al Polo Norte y después en norias que, en mi opinión, rodarían por todas las vías terrestres mucho más rápido que las ruedas pequeñas usadas normalmente.

Así las cosas, lo natural me parecía colocar el vehículo dentro, en el interior de la rueda. Desde luego eso era algo nuevo.

Concebí la rueda a , una rueda grande, doble y sin radios (fig. 1), y colgué el vehículo K de las ruedas dobles b y c , sujetas a la viga doble fg . Las ruedas d y e servían para asegurar que b y c no se separasen de a . Entonces, con solo empujar a se moverían además las ruedas pequeñas. Por supuesto, todas las ruedas podrían ser también ruedas dentadas.

Pero colgando en f el peso L —que no debía diferir mucho en peso de K — todas las ruedas se moverían (fig. 2) en la dirección indicada por las flechas. De hecho, el sistema en su conjunto se movería solo por la imposición de los pesos. En mi opinión, el móvil perpetuo estaba listo.

fig. 1

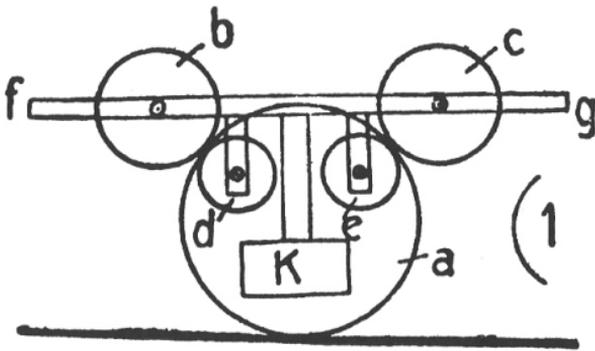
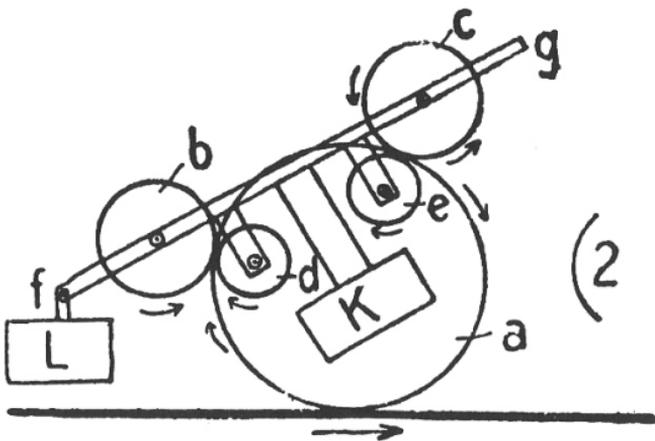


fig. 2



La rueda dentada movida por pesos, titulé a esta historia. Y me dije: «El trabajo de atracción de la Tierra es perpetuo, y ese trabajo de atracción perpetuo se traduce en movimiento perpetuo mediante ruedas superpuestas».

Sabía perfectamente que todos los físicos serían contrarios a tal afirmación. Pero precisamente ese era un aliciente crucial para mí. Siempre había odiado a los físicos. ¿En qué me concernían a mí Robert Mayer y la ley de la conservación de la energía?

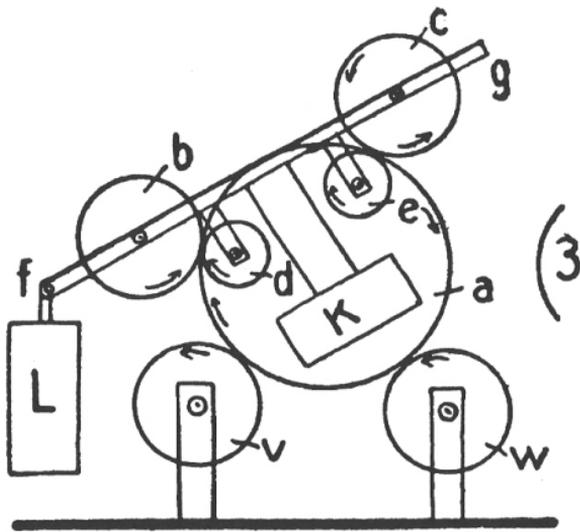
En seguida me sobrevino la duda de si la rueda *c* también se movería en la dirección de las flechas. Pero por aquel entonces no reflexioné más sobre la cuestión, ya que creía que al final *c* se vería arrastrada por el movimiento.

Con colocar *a* sobre otras dos ruedas fijas *v* y *w* (fig. 3) quedaba terminada la máquina excavadora movida por pesos, con la que se podrían construir canales —solo habría que poner en movimiento cien mil ruedas— y que permitiría concluir en tres días un canal Berlín-París.

Se explicaba con ello la duplicación de los canales de Marte: los habitantes de Marte ya habían descubierto el móvil perpetuo.

Todo esto lo concebí de golpe en un par de horas, y entonces mi imaginación entró en una especie de

fig. 3



frenesí. Y, durante un tiempo, fui incapaz de examinar con más detenimiento los tres diseños.

«En todo caso, la cosa no va a ser tan sencilla. Pero aun así, al fin y al cabo, funcionará», pensé.

Y si bien por la mañana siempre tenía mis dudas, llegada la tarde volvía a estar plenamente convencido de ello.

En los días siguientes diseñé un par de cientos de ruedas; en realidad, todas eran la misma.

La cosa se me antojaba en ocasiones bastante divertida.

Solía decir con frecuencia: «¿Quién iba a pensar que yo inventaría alguna vez el móvil perpetuo! Esto librará a la humanidad de todo trabajo. Será la estrella Tierra la que trabaje para nosotros. La miseria, tan alabada por mí, tiene un final».

Encargué entonces a un herrero que me fabricase un par de ruedas de metal y, aparte, compré otras ruedas. Sin embargo, el prototipo era tan pequeño que no había forma de que todas las ruedas se moviesen como debían. Y no alcancé a acoplarle los pesos de ninguna manera. Era demasiado torpe.

Pero este primer experimento malogrado no me impidió imaginar las ulteriores consecuencias del gran hallazgo sobre el que, como ya he dicho, todas

las mañanas me sentía dudoso y todas las tardes, convencido. Muy a menudo la rueda c se me antojaba bastante cuestionable.